

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 6: ARTÍCULO 5 – LA RESURRECCIÓN DE CRISTO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
- 6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo**
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

6 LECCIÓN

ARTÍCULO 5: LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 6:

Continuamos esta serie de conferencias sobre el Credo de los Apóstoles, abordando el artículo 5. Este artículo confiesa lo siguiente respecto de Jesús: «Al tercer día resucitó de entre los muertos».

En el mundo del judío piadoso, del griego erudito y del romano orgulloso, la iglesia cristiana confesó que Jesús, su Señor y Salvador, había resucitado de entre los muertos. Leemos en Hechos 4:33: «Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús». Los apóstoles dieron testimonio, es decir, hablaron de lo que habían visto y oído.

La resurrección del Señor Jesucristo de entre los muertos fue el tema dominante de su testimonio. Hablaron como hombres que se habían encontrado personalmente con Jesús resucitado. Pedro testificó, el día de Pentecostés: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hechos 2:32). Los apóstoles habían asegurado que, al hablar de las palabras y obras de Jesús, no proclamaban un mensaje fabricado por los hombres, sino que hablaban de asuntos de los cuales habían sido testigos. El apóstol Pedro escribió: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad» (2 Pedro 1:16). Ante el tribunal de este mundo, testificaron que Dios había resucitado a Jesucristo de entre los muertos.

La resurrección de Jesús de entre los muertos no fue meramente una de las muchas verdades que proclamaron respecto de Jesús, sino que fue el punto cardinal de su mensaje. En el capítulo de la resurrección, 1 Corintios 15, el apóstol Pablo deja claro que todo se sostiene o cae con la autenticidad de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Argumenta que, si Jesús no resucitó de entre los muertos, todo lo que Jesús hizo quedaría anulado. Alguien podría objetar diciendo: «Todavía tendríamos la navidad y el viernes santo»; sin embargo, estos eventos no tendrían un significado redentor y salvador, aparte de la resurrección. Sin la resurrección de Jesús, todo el edificio de la verdad se tambalearía. La Pascua, la resurrección de Jesús, prueba que Él es, en verdad, más que un mártir o alguien que murió por sus ideales. La resurrección afirma poderosamente la deidad de Jesús, pues por ella fue «declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos» (Romanos 1:4).

La resurrección de Jesús es el «amén» de Dios sobre el sacrificio del viernes santo. Si Jesús hubiera permanecido en la tumba, no sabríamos si Dios había aceptado el sacrificio del viernes santo, ni si el castigo por el pecado había sido descargado plenamente. Sin embargo, el apóstol puede gloriarse diciendo: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos» (1 Corintios 15:20). Aunque todo parecía perdido en el viernes santo, ¡la mañana de Pascua afirmó que se había asegurado una victoria completa! La resurrección de Cristo nos proclama el mensaje de que el sacrificio de Jesús ha sido aceptado y que la culpa del pecado ha sido expiada. La muerte ha sido conquistada y la cabeza de Satanás ha sido aplastada.

La muerte no pudo retener a Jesús. A fin de cuentas, ¡Él había terminado su obra! El diablo tuvo que soltarlo, porque su poder había sido quebrantado. Así, por su muerte y resurrección, Jesús destruyó «al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14). La muerte ha sido conquistada, Satanás derrotado y la vida eterna adquirida. La mejor noticia que un mundo perdido jamás oyó vino de un cementerio. La piedra ha sido removida. La tumba de Jesús está abierta. Ahora que Jesús ha salido, podemos entrar en la tumba vacía para ver lo que ocurrió. ¡La tumba está vacía! ¡Jesús ha resucitado en verdad! La muerte ha sido vencida y la salvación asegurada.

El Apóstol ahora se atreve a desafiar a todos los enemigos y acusadores de los hijos de Dios, y escribe: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó» (Romanos 8:33-34). La obra está hecha, la lucha se ha peleado, la batalla se ha ganado. Dios ha resucitado a su Hijo. Para salvarnos, Jesús murió; para justificarnos, resucitó. En Romanos 4:25, el apóstol dice que Jesús «fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación». La resurrección de Cristo es nuestra factura pagada.

La resurrección de Cristo es, por tanto, de suma importancia. ¡Es el artículo más importante de nuestra fe! Si no fuera por la resurrección de Jesús de la tumba, todo sería en vano. Como dice el apóstol: «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, ... y vana es también vuestra fe» (1 Corintios 15:14-17). La resurrección de Jesús de entre los muertos es el artículo más importante de nuestra fe cristiana.

Y al mismo tiempo es el artículo más cuestionado y ridiculizado de la fe cristiana. Cuando Pablo compareció ante el gobernador romano Festo y testificó de la resurrección de Jesús, este gobernador dijo: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco» (Hechos 26:24). En otras palabras: Estás divagando, te dejas llevar por tu mucho saber. Así pensaba Festo acerca de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Hoy no es diferente. El hombre del siglo XXI

considera que el mensaje de que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos pertenece al ámbito de las fábulas. Las personas que todavía creen en la resurrección están mentalmente perturbadas. Han perdido la razón. A fin de cuentas, tales cosas no podrían haber ocurrido. Muerto es muerto. Las personas muertas no vuelven a vivir.

A lo largo de los siglos, el mensaje de la resurrección de Jesús de entre los muertos ha sido negado, puesto en sospecha y ridiculizado. Muchos han intentado distorsionar tanto la verdad como la historicidad de la resurrección física de Jesús, reinterpretando su significado. En el Corán, el islam reconoce a Jesús como embajador y testigo de Dios. A pesar de que el islam sostiene que Jesús es inferior a Mahoma, sin embargo lo considera uno de los testigos de Dios. Pero se niega a admitir que resucitó de entre los muertos. Dan otra explicación a que Él estuviera vivo después de su crucifixión. Según el Corán, Jesús sí fue crucificado, pero no fue asesinado. Solo parecía estar muerto, y Alá lo elevó a su presencia. Pero nunca ha resucitado de entre los muertos.

La teología moderna sostiene que los discípulos y las mujeres solo imaginaron que Jesús se había aparecido en medio de ellos. Estaban mentalmente tan fijados en Jesús que pensaron que lo habían visto —como cuando vuelves a ver la imagen de tu madre después de su muerte. Otros sostienen que no fue la persona de Jesús, sino la doctrina de Jesús la que resucitó y siguió viva. Jesús fue sepultado, pero sus enseñanzas siguieron. Así, hay muchas negaciones de la resurrección real y física de Jesús de entre los muertos.

Sin embargo, la Biblia se refiere explícitamente a la resurrección física de Jesús como un hecho, un acontecimiento histórico probado. Dios ha rodeado la resurrección de Jesús con una multitud de pruebas que solo pueden explicarse como evidencia de la resurrección real de Jesucristo de entre los muertos. Por extraño que suene, el hecho de que los seguidores de Jesús no esperaran que Jesús resucitara de entre los muertos es una de las evidencias más fuertes de la realidad de la resurrección de Jesús. Ni los discípulos ni las mujeres esperaban que Jesús resucitara de entre los muertos. Jesús les había dicho repetidamente que no solo sufriría y moriría, sino que también resucitaría de entre los muertos después de tres días. Mateo nos dice: «Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día» (Mateo 16:21). Sin embargo, sus discípulos no entendían este mensaje. La Biblia declara varias veces: «Mas ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle» (Marcos 9:32). Pedro incluso reprendió a Jesús por hablar de su sufrir y morir, y dijo: «Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mateo 16:22).

Cuando las mujeres fueron a la tumba de Jesús en la mañana de Pascua, no esperaban una resurrección. Se asombraron de que la piedra que cerraba la entrada de la tumba hubiera sido removida. Cuando entraron en la tumba y la hallaron vacía, aún no pensaron en la resurrección. Entonces los ángeles les dijeron que Jesús estaba vivo y que había resucitado, y que, por lo tanto, la tumba estaba vacía. Cuando regresaron a Jerusalén y dijeron esto a los desconsolados seguidores de Jesús, estos no les creyeron. Lucas nos dice: «Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían» (Lucas 24:11). Aun cuando Jesús estuvo en medio de ellos ese mismo día, no creyeron que fuera Jesús. Pensaron que veían un fantasma. Solo después de que Jesús les mostró sus manos y sus pies traspasados, y comió un pedazo de pescado y pan delante de sus ojos, creyeron que era Él. Jesús probó con muchas apariciones que estaba vivo y que había resucitado de entre los muertos.

Después de haber visitado la tumba de Jesús, María Magdalena, las mujeres y Pedro llegaron donde los seguidores de Jesús, que estaban reunidos en el aposento alto en Jerusalén, con el mensaje de que habían visto a Jesús resucitado. Cuando los hombres de Emaús también llegaron esa tarde para decir que ellos también se habían encontrado con Jesús resucitado, fueron recibidos con el gozoso mensaje: «Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón» (Lucas 24:34). Comenzó a hacerse evidente entre el pequeño grupo de mujeres y discípulos de Jesús que Jesús realmente había resucitado. Pablo incluso habla de más de quinientos hermanos que vieron a Jesús y se encontraron con Él después de su muerte en la cruz. Se les apareció en un monte de Galilea, como Él lo había prometido. Leemos acerca de esta promesa de Jesús a sus muchos discípulos en Galilea, en Mateo 26:32: «Pero después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea». La mayoría de estos testigos todavía vivían cuando Pablo escribió sobre esto a los cristianos de Corinto. Podía decir: «de los cuales muchos viven aún» (1 Corintios 15:6). Todavía se les podía preguntar personalmente sobre cómo y cuándo se habían encontrado con Jesús resucitado.

Finalmente, Pablo se presenta a sí mismo como testigo de la veracidad de la resurrección corporal de Jesús de entre los muertos, y escribe: «Y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí» (1 Corintios 15:8). El Jesús resucitado se le apareció en el camino a Damasco. Transformó a un perseguidor en un predicador del evangelio. El cambio en la vida de Pablo no puede entenderse sin la resurrección de Jesús. Solo hay una explicación para todas estas apariciones: «¡Ha resucitado el Señor verdaderamente!» (Lucas 24:34).

Las Escrituras se refieren a estas personas como testigos presenciales. Estos testigos presenciales brindan la evidencia más convincente de la resurrección de Jesús. En lugar de argumentar militantemente su caso, simplemente testificaban: «Hemos visto y nos hemos encontrado con Jesús después de su resurrección». Cada uno de ellos podía decir lo que Juan atestiguó: «lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos» (1 Juan 1:3). Podemos asumir con seguridad que todos los cristianos que se encontraron con Jesús, ya sea antes o después de su resurrección, fueron una fuente de información esencial para los cristianos posteriores. Se les llama testigos. Podían decir: «Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo» (Hechos 10:39).

¿Qué tipo de evidencia consideraría suficiente y concluyente un tribunal? Sería la palabra de los testigos que estuvieron presentes en la escena del crimen y que, por tanto, han sido testigos del hecho. La prueba de que realmente lo han presenciado es particularmente evidente en detalles que solo puede conocer alguien que ha estado allí y ha presenciado todo lo que ocurrió y se dijo. Expertos legales han investigado la resurrección de Jesús sobre estas bases. Han llegado a la siguiente conclusión: hay una plétora de detalles explícitos que solo podría conocer alguien que se ha encontrado con Jesús. Por ejemplo:

- Los seguidores de Jesús no esperaban que Jesús resucitara de entre los muertos.
- Las mujeres se sorprendieron de que la piedra hubiera sido removida.
- Se asombraron de que la tumba estuviera vacía.
- Los soldados encargados de custodiar la tumba habían huido.
- No había evidencia de que la tumba hubiera sido profanada.
- María Magdalena al principio estaba inconsolable.
- Las vestiduras en las que el cuerpo de Jesús había sido envuelto yacían cuidadosamente dobladas, como si alguien hubiera doblado su ropa de dormir al levantarse.

- Al menos, Jesús también mostró a sus seguidores las cicatrices de la crucifixión en sus manos y pies, ante sus ojos.
- Comió un pedazo de pan y un panal de miel.
- Les habló y también se les apareció varias veces.

Los expertos legales han concluido que tal relato de los acontecimientos solo puede provenir de personas que han visto y se han encontrado con Jesús resucitado. El historiador alemán Von Campenhausen, por lo tanto, concluye: «Se produjo un cambio dramático en los seguidores de Jesús. Sus circunstancias antes y después de la Pascua difieren significativamente. La crucifixión de Jesús les había despojado de toda esperanza. Muy temerosos de los judíos, se habían reunido en el aposento alto. Estaban decepcionados; estaban confundidos y llenos de enigmas. Sin embargo, todo cambió después de la Pascua. Ya no consideraban que la causa de Jesús hubiera sido un fracaso total. ¡Al contrario! Hablaron de Él como del Señor viviente. Testificaron con poder de la resurrección de Jesús de entre los muertos». Von Campenhausen, aunque fue un investigador crítico del cristianismo, concluyó que debió de haber ocurrido algo que trajo tal cambio. Este cambio no puede explicarse aparte de la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Cierto es que nuestra fe en la veracidad de la resurrección de Jesús no depende del juicio de los historiadores. Sin embargo, puede y de hecho afirma nuestra fe. La fe del cristiano descansa sobre el testimonio de todos los hombres y mujeres a quienes Jesús se apareció después de su resurrección. Ellos nos exclaman: «¡Ha resucitado el Señor verdaderamente!» Si la resurrección de Jesús de entre los muertos no hubiera ocurrido, los discípulos habrían vuelto a sus redes o a sus ocupaciones anteriores. Nunca habrían ido al mundo a proclamar el evangelio del Salvador resucitado. Sin la resurrección de Jesús, no habría habido cristianismo. La conversión de Pablo habría sido impensable, aparte de su encuentro con el Cristo resucitado. ¡Todo testifica que el Señor ha resucitado en verdad!

Finalmente, todo cristiano verdadero es una prueba viva de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. El Apóstol afirma esta verdad diciendo: «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1). Los cristianos en Éfeso habían sido resucitados juntamente con Cristo. Un cambio radical, una resurrección espiritual, había tenido lugar en las vidas de los cristianos de Éfeso. Fueron trasladados de muerte a vida. Fueron transformados para ser un pueblo nuevo. La gloria del cristianismo es que las personas son transformadas para ser un pueblo nuevo por el poder de la resurrección de Jesús.

Las bendiciones de la resurrección de Jesús de entre los muertos son muchas. Jesús, en primer lugar, venció la muerte por su resurrección de entre los muertos. En 2 Timoteo 1:10, el apóstol dice, respecto de Cristo resucitado: «el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio». ¡Qué victoria asombrosa! ¡La muerte ha sido abolida y erradicada! Aunque Alejandro Magno, Napoleón y Gengis Kan lograron grandes victorias, no pudieron vencer a la muerte. ¡Jesús ha conquistado la muerte! Muchos pueden burlarse de la muerte, odiar la muerte y temer la muerte, pero no pueden vencer a la muerte. Ni el dinero y el poder, ni la fama ni el honor servirán de algo aquí. Todos deben someterse ante la muerte.

La Escritura dice: «¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?» (Salmo 89:48). ¡La muerte es un enemigo verdaderamente poderoso! La muerte deriva su poder del pecado: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte» (Romanos 5:12). No había muerte antes de que el hombre pecara contra Dios. Porque donde no hay pecado, la muerte no

puede venir. Sin embargo, cuando el pecado está presente, la muerte debe seguir. Dios había pronunciado la amenaza: «porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Cuando Adán y Eva violaron este mandamiento de Dios, la muerte sucedió.

Sin embargo, Jesús conquistó la muerte. ¿Y cómo? Le arrebató a la muerte su poder de infligir muerte. El Apóstol dice: «ya que el aguijón de la muerte es el pecado» (1 Corintios 15:56). El aguijón de la espada con la que la muerte nos mata es el pecado. Jesús le ha quitado a la muerte su espada mortal. Despojó a la muerte de su aguijón haciendo expiación por los pecados de su pueblo. La muerte expiatoria de Jesús en la cruz ha dejado a la muerte sin poder. Y por su resurrección, Él ha roto las cadenas de la muerte. Ahora puede decir a los pecadores temerosos de la muerte: «No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, Amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:17-18).

Jesús está vivo. Por lo tanto, su obra no terminó con su muerte en la cruz. Él continúa su obra. Hay un vínculo entre el viernes santo y la Pascua. ¡Qué claramente se vio esto el día de Pentecostés! Las personas que el viernes santo habían pedido: «¡Crucifícale!», fueron tocadas de corazón y clamaron: «¿Qué haremos?» Fueron bautizados en el nombre del mismo Jesús al que habían crucificado. Jesús demostró estar vivo, pues Pedro atribuyó todo lo que sucedió el día de Pentecostés a Jesús, quien había resucitado. Dijo: «Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hechos 2:33). Las bendiciones que Jesús había merecido en el viernes santo, las concede después de la Pascua. Un Jesús muerto sería incapaz de hacer eso. Sin embargo, Jesús vive, ¡y actúa en la tierra por el Espíritu Santo! Él obra desde el cielo. Por su Espíritu y su Palabra, reúne para sí mismo una iglesia de todas las lenguas y naciones. Él cumple sus propias palabras: «También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor» (Juan 10:16).

Él aplica la salvación adquirida por Él a todos los suyos. Expresamos esta verdad, en términos teológicos, diciendo que Jesús no solo es Mediador de adquisición, sino también de aplicación. Significa que Jesús no solo adquirió la salvación, sino que también hace a su pueblo partícipes de esta salvación por el Espíritu Santo. La salvación adquirida por Jesús no está guardada con seguridad en una caja fuerte, ni se exhibe solamente en una vitrina cerrada. No queda inútilmente almacenada en un almacén. Jesús ha resucitado para distribuir sus dones. Hace a los pecadores perdidos partícipes de su salvación, haciéndolo desde el cielo, por el Espíritu Santo y la Palabra predicada.

Él mandó a sus discípulos, y en ellos, a su iglesia: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:15-16). Por la locura de la predicación, Él salva a todos los que creen. Por el ministerio de la Palabra y la operación del Espíritu Santo, Cristo reúne para sí mismo un pueblo escogido para vida eterna.

Amado oyente, esto es un componente esencial de la oferta de Jesús como Salvador. ¡Cuán indispensable es para cada uno de nosotros, personalmente, llegar a ser partícipes de la salvación que Jesús ha merecido! ¿Qué beneficio obtenemos de saber solamente que Jesús ha ganado la salvación, si no somos partícipes de ella? Aunque la mesa esté llena de comida deliciosa, solo comer esta comida saciará nuestra hambre. No basta saber que hay agua. Solo bebiendo se

apagará nuestra sed. Así es con la salvación merecida por Cristo. Debemos apropiarnos de la salvación que Jesús ha adquirido.

La pregunta es: ¿somos capaces de hacernos partícipes de esa salvación por nosotros mismos, o necesitamos para ello al Jesús resucitado, que nos aplique esa salvación por medio del Espíritu Santo? Muchos dicen: «Dios ha hecho su parte enviando a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. Jesús ha hecho su parte también, dando su alma en rescate por muchos. Ha vencido a la muerte, al diablo y a todo su dominio. Ahora nosotros debemos hacer nuestra parte. Tenemos que hacer el resto nosotros mismos». Según esta teología, la aplicación de la salvación no es obra de Dios, sino obra nuestra. Todo depende de la voluntad del hombre para aceptar esta salvación o no. La decisión está en nuestras manos.

Los adherentes de esta postura argumentan diciendo: «El hombre tiene libre albedrío y puede decidir si creerá en Jesús o no, si aceptará a Jesús como su Salvador personal o lo rechazará. Todo está en las manos y en el poder del hombre». Ahora bien, sí es bíblico afirmar que la salvación merecida por Jesús debe recibirse por la fe. Sin creer en Cristo, nadie puede ser salvo. Jesús comisionó predicar: «el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:16). También es bíblico decir: «Dios manda que creamos en el único Hijo de Dios, para que tengamos vida». El oyente del evangelio permanece responsable del evangelio que oye. La culpa de la incredulidad recae en nuestra propia puerta. La incredulidad se origina en nuestro rechazo a que Cristo reine sobre nosotros. La incredulidad es pecado —incluso el más grande pecado— y el rechazo de un perdón ofrecido.

Sin embargo, la fe es un don de Dios, y no un logro humano. Creer es una gracia. Dios es siempre el primero. Si tienes algún deseo por Dios, y hambre y sed de la justicia de Cristo, es Dios mismo quien lo puso allí. Creer en y recibir a Jesús no es un asunto que esté dentro de nuestro poder. Muchos proclaman que la salvación depende de la disposición del hombre para creer. Hablan como si las manos de Dios estuvieran atadas y no pudiera hacer nada sin nuestra cooperación. La Biblia enseña que, si la eficacia del sufrimiento y la muerte de Jesús dependiera de la cooperación y la buena voluntad del hombre, todo su sufrir y morir habría sido en vano. Jesús se vio obligado a decir sobre el hombre: «Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5:40). Los hombres caídos no quieren creer en Cristo. Desean, a lo sumo, a un Jesús que los lleve al cielo, pero no a un Jesús que reine sobre ellos como Rey. Si el hombre tuviera que dar el primer paso en dirección a Dios, Dios esperaría por siempre en vano.

¡Qué empresa tan precaria sería la salvación, si el fruto de la venida de Jesús al mundo dependiera de la voluntad del hombre para aceptarla! Jesús entonces tendría que esperar a ver cuánto fruto produciría su sacrificio en la cruz. Sin embargo, así no se nos presenta al Mesías en la Escritura. En el profeta Isaías leemos lo siguiente del Mesías sufriente: «Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje» (Isaías 53:10). Jesús sabía que su labor daría fruto, y que esta fecundidad no depende del llamado «libre albedrío» del hombre. Dios se encargaría de eso. Cuando muchos lo abandonaron, Jesús se consoló con el conocimiento de que «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí» (Juan 6:37).

¡Jesús vive y obra! No solo hizo expiación por el pecado en la cruz, sino que también resucitó de entre los muertos para obrar arrepentimiento y fe en los corazones de las personas, por su Espíritu y su Palabra. Pedro dice, del Jesús resucitado: «A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados» (Hechos 5:31). Él hace a los pecadores partícipes de la salvación que ha ganado, demostrando su poder de

resurrección al resucitarlos a una vida nueva y romper las ataduras del pecado y de Satanás. Obra en ellos un dolor de corazón por el pecado, así como fe en su nombre. Cumple lo que una vez dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32).

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el sexto artículo del Credo, en el cual confesamos: «Subió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso».